

**Pedro LAINS y Vicente PINILLA (eds.), *Agriculture and Economic Development in Europe since 1870*, Routledge, Abingdon, 2009, 407 pp.**

En los últimos años Vicente Pinilla y Pedro Lains han abierto una interesante línea de investigación sobre el papel de la agricultura en el desarrollo económico europeo, iniciada con la celebración en junio de 2005 de un congreso sobre este tema en la ciudad de Zaragoza, y, al siguiente año, de una sesión en el XIV International Economic History Congress (Helsinki, 2006) con la participación de numerosos e importantes autores que investigan este campo en diferentes países europeos. La materialización de ese trabajo y de las líneas de debate abiertas ha tenido lugar con la publicación de esta obra en la editorial Routledge, en su serie de Explorations in Economic History. Como resultado tenemos ante nosotros una obra que será importante a la hora de estudiar el desarrollo de la agricultura europea en la época contemporánea, ya que el libro reivindica la importancia del estudio de este sector para entender los procesos de crecimiento económico de los diferentes países de Europa, frente a una mayoría de obras que tradicionalmente se han centrado en el papel crucial del sector industrial, ignorando un tanto la importancia de la agricultura.

La obra plantea el tema desde una perspectiva revisionista, intentando dar un nuevo aire a las viejas teorías existentes sobre el vínculo entre agricultura y desarrollo económico. Se cuestionan todos aquellos paradigmas interpretativos predominantes en las décadas de 1950 y 1960 y que hoy día siguen teniendo mucha influencia. En estas teorías se consideraba que la agricultura era un sector atrasado y subordinado a la industria en lo referente a su participación en el crecimiento económico, y era caracterizada como la gran suministradora de recursos (fuerza de trabajo, alimentos, divisas y capital, según el modelo de Rostow) que ayudó al desarrollo de la industria urbana moderna. Era una “visión extractiva de la agricultura” que los autores del libro rechazan, siendo su marco teórico de referencia aquellos nuevos enfoques que defienden una agricultura importante por sí misma para el desarrollo económico europeo, cuyo factor clave es su modernización, y no tanto el traspaso de recursos a la industria, así como las relaciones intersectoriales. Todo ello enmarcado en el contexto económico, social e institucional del momento.

La obra se divide en dos partes y quince apartados. La primera parte aborda el contexto general, el marco teórico y los temas conceptuales, donde destaca el artículo de Olmstead y Rhode. La segunda incluye los estudios de casos nacionales, sin olvidar la completa introducción donde los editores realizan una revisión de la teoría existente sobre el tema, los nuevos enfoques aparecidos en los últimos años y un breve resumen de las diferentes partes de la obra, incluyendo al final unas interesantes, aunque quizá un tanto

breves, líneas generales a modo de conclusión. En todos estos apartados dos son las cuestiones de fondo planteadas: ¿por qué existen diferencias en los niveles de productividad agraria en el continente europeo? y ¿qué relación existe entre productividad agraria y niveles de renta per cápita? Todo ello enmarcado en un contexto histórico que se caracteriza por la industrialización y el declive del peso de los sectores agrarios en la economía y la creciente importancia del comercio internacional; este último aspecto es estudiado a fondo en uno de los capítulos por Aparicio, Pinilla y Serrano.

A la hora de agrupar los países analizados, podemos hablar de la existencia de tres grandes bloques, dejando fuera el particular caso británico debido a la temprana transformación de su sector agrario. Un primer bloque estaría formado por los países en los que una importante agricultura contribuyó crucialmente al crecimiento económico debido al desarrollo de sus ventajas comparativas y el aprovechamiento de éstas para impulsar una industria transformadora dedicada en gran parte a la exportación, en un contexto donde el comercio internacional estaba adquiriendo gran importancia. Éste sería el caso de Holanda y Dinamarca, dos pequeñas economías abiertas al exterior y caracterizadas por el éxito de su sector agrario, al especializarse ambas en productos cárnicos y lácteos de calidad. Smits y Henriksen, autores que analizan estos casos en el libro, concluyen que en ambos países hubo un exitoso cambio estructural ante *shocks* externos como la crisis finisecular y la caída de precios, debido a los adecuados cambios institucionales y a elevados niveles de inversión, tanto física como de capital humano, sin olvidar el importante papel de las cooperativas en la consecución de economías de escala y la difusión tecnológica, aumentando así la renta de los agricultores. En definitiva, agriculturas intensivas en conocimiento con elevados niveles de productividad y gran importancia del sector exterior.

Un segundo bloque estaría formado por países que también tuvieron éxito, pero con unas características diferentes. Hablamos de las grandes economías industriales europeas, tales como Alemania, Francia, Suecia o Italia. En este caso el éxito vino por la adopción de políticas proteccionistas, que supusieron el crecimiento de la producción y la productividad agraria debido a la fuerte inversión en agricultura y en infraestructuras. Es, por ejemplo, el caso sueco, donde Schön nos habla del desarrollo de una fuerte industria transformadora de tipo alimentario por la existencia de una estructura institucional favorable y beneficiada por las políticas proteccionistas. El efecto positivo de los aranceles también es defendido por Grant para el caso alemán, junto al papel del Estado en materia educativa, que fue crucial para la difusión de la innovación y la mejora tecnológica. Sin embargo, en los casos francés e italiano se ha considerado que eran agriculturas de menos éxito por su lento crecimiento, aunque Vivier y Federico aportan un enfoque revisionista al afirmar que el sector en estos países era más avanzado de lo que se creía, siendo el negativo papel del Estado y los escasos niveles de inversión las causas que provocaron ese menor crecimiento de la productividad. Ambos rechazan que la culpa fuera de unos agricultores atrasados que se oponían a cualquier tipo de innovación.

Hasta ahora se han visto casos donde la agricultura tuvo un papel positivo, o al menos neutro, en el crecimiento económico. Ejemplos donde la industrialización y las transformaciones agrarias fueron rápidas, lográndose elevados niveles ya en 1939, siempre teniendo en cuenta la diversidad regional en estas grandes naciones europeas. Conforme nos acercamos al este y sur de Europa, es decir, la parte más periférica del continente, vemos

cómo este proceso fue mucho más lento y tardío, completándose ya en la segunda mitad del siglo xx ayudado por el empuje de la “Revolución Verde”. Es el tercer gran bloque de países analizados, en el que podemos diferenciar entre el caso polaco y el húngaro, estudiados por Wolf y Kopsidis, donde los cambios fronterizos tuvieron mucho que ver en su atraso, al dificultar el acceso de los agricultores al mercado (tanto nacional como internacional) y el no aprovechamiento de las ventajas comparativas locales, unido a la pervivencia de la estructura dual de la tierra en el caso húngaro, con una poderosa aristocracia que tenía preferencia por el cultivo del cereal.

Un tanto diferente es el caso de España, Portugal y Grecia, estudiados por Clar, Pinilla, Lains y Petmezas. En el primero los autores ponen en duda la idea generalizada de que la agricultura era el principal factor de atraso de la economía de este país, para ello realizan una interpretación revisionista basada en nuevos datos de producción y productividad y aplican un enfoque analítico distinto. Las causas del atraso agrario español se encuentran en las condiciones adversas en cuanto a recursos naturales, pero el proceso de transformación agrario se produjo ya desde finales del siglo xix, intensificándose a partir de 1950, al igual que ocurrió con los deprimidos sectores agrarios portugués y griego. Finalmente se trata el caso turco por parte de Pamuk, un tanto particular por presentar el mayor nivel de atraso de los casos estudiados, con un sector que hasta los años sesenta presentaba gran disponibilidad de tierra no cultivada, por lo que a partir de ese momento se produjo el crecimiento de la producción, pero sin cambios estructurales ni aumentos de la productividad, en un proceso que aún hoy no se ha completado.

En definitiva, la obra editada por Lains y Pinilla es completa, al tratar los principales temas de la transformación de las sociedades agrarias europeas. La principal conclusión es que el desarrollo de este sector depende de las condiciones ambientales, de mercado e institucionales existentes, y no tanto de la actitud del agricultor, con toda una serie de factores que pueden intervenir (recursos naturales, instituciones, educación, inversión o desarrollo de los mercados nacionales, internacionales y financieros), y dejando claro que no se pueden marcar unas pautas generales para toda Europa debido a la diversidad de los casos estudiados. El éxito o atraso dependió de la existencia de oportunidades o desventajas. Los casos más desarrollados presentaban condiciones favorables como prósperos mercados de exportación, mercados industriales domésticos desarrollados y escenarios institucionales adecuados. Mientras que los más tardíos presentaban dificultades como escasez de recursos hídricos, transporte poco desarrollado y lento desarrollo institucional y tecnológico.